



PROLOGO DEL LIBRO

“EVOLUCION SUPER-ORGANICA”

POR EL DR. SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

Haciéndome el Dr. Lluria la merced de graduarme de competente en materias sociológicas, me invita amablemente a consignar mi opinión sobre el presente libro, consagrado al estudio de las causas antropológicas de la llamada cuestión social.

Semejante requerimiento me pone en grave aprieto, pues sobre ser yo lego en la ciencia creada por A. Comte y desarrollada por H. Spencer, me lie preocupado muy poco, o mejor dicho, no he tenido tiempo de preocuparme, de la evolución moral e intelectual del hombre considerado en sus relaciones con la Sociedad y el Estado. Abeja obrera de la gran colmena humana, me he limitado buenamente a libar en el jardín de la Naturaleza, para fabricar mi pequeña e individual celdilla, dejando que otro, con visión aquilina y genio sintético, tracen la perspectiva y hagan la filosofía de la obra común, marcando los futuros rumbos del enjambre humano.

Pero como en este caso mi silencio constituiría inmerecido *de-saire*, voy a corresponder a la honrosa invitación, exponiendo, sin aires dogmáticos ni miras sugestivas, mis impresiones íntimas sobre la doctrina desarrollada por el Dr. Lluria, y la solución todavía harto remota, de] pavoroso problema social.

Estoy enteramente de acuerdo con la parte crítica del presente libro. Tiene su autor razón que le sobra al declarar que la Humanidad actual, el organismo superhumano, como el Dr. Lluria la llama, se ha apartado desdeñosamente de la Naturaleza, habiendo ocasionado esta sistemática y perpetua violación de las leyes evolutivas, irritantes desigualdades y torturantes dolores y miserias.

El hombre social de hoy, adulterado por la morbosa adaptación al capital, viene a ser una mezcla extraña de civilización y barbarismo. Piensa y siente, al parecer, como un cristiano, pero obra a la manera de un ciudadano de las aristocráticas e inhumanas Repúblicas antiguas. La esfera de la inteligencia ha crecido tanto como menguado la de la voluntad.

Cada día más refractaria al sentimiento de la justicia, la sociedad actual nos da el triste y paradójico espectáculo de un mundo al

revés; arriba entronizados y venerados el vicio y la holganza; abajo, luchando con el hambre y el dolor, los laboriosos y los útiles, es decir, las cabezas que, según diría Spencer, han adaptado mejor, agujados por la dura necesidad, soberano escultor de la arcilla nerviosa, las relaciones dinámicas internas a las externas. De donde la inevitable decadencia y estancamiento de la raza humana; puesto que las organizaciones superiormente adaptadas, consumidas por el sobretrabajo y la miseria, caen en la esterilidad o dejan ruina descendencia diezmada, por las infecciones; en tanto que, por lo contrario, los zánganos, los inadaptables, los indigentes del espíritu, ahitos de placeres, incuban prole robusta, perpetuando de esta suerte el peso muerto de la máquina social.

No rigen, pues, para el hombre civilizado los principios de la selección del más apto ni prevalece en la lucha por la vida la casta de los mejores; antes bien, según dice atinadamente el Dr. Lluria, la adaptación se ajusta a una condición artificial extra-orgánica, por cierto desconocida del resto de la animalidad y semillero inagotable de estancamiento, retrocesos y organizaciones aberrantes, a saber: la adquisición y goce del capital con el fin exclusivo de garantizar la perennidad de la holganza de unos pocos y el aumento incesante de los parásitos del trabajo. Con que el tipo humano, oscilando perpetuamente de la miseria a la abundancia y desde la anemia a la plétora, viene a ser algo extraño e incomprensible; una especie de vesánico aquejado de la rara manía de imponer el hambre a los demás para procurarse la soberana voluptuosidad de suicidarse de hartura.

De acuerdo con el autor, estimo que los únicos capitales antropológicamente legítimos son la organización humana y las fuerzas de la Naturaleza, factores de producción que no podrán marchar en consonancia con la justicia y la ley evolutiva, sino a condición de ser colectivamente fomentados y administrados. La tierra para todos, las energías naturales para todos, el talento para todos: he aquí la hermosa divisa de la sociedad del porvenir. Urge, pues, según el Dr. Lluria declara, reintegrar el hombre en las leyes de la evolución, devolver el capital, secuestrado en provecho de unos pocos, al acervo común de la colectividad, continuar, en fin, como diría Cánovas, la historia biológica de la raza humana, estancada por el egoísmo y la injusticia de tres mil años de civilización.

Pero, ¿es esto posible? Caso de que no represente un bello y halagador ensueño ¿cómo se realizará? El poderoso, expropiado piadosamente en provecho común, ¿se resignará a la mediocridad? ¿No tirarán acaso de su corazón, armando sus manos iracundas, atavismos de autócrata destronado y el instinto secular de la hormiga esclavista? Y si hay que reprimir por la fuerza estas peligrosas nostalgias del ocio mal domado? no se verá la futura sociedad obligada a nuevas guerras de clase, con el consiguiente gasto abrumador de soldados y cañones y el irremediable sobretrabajo de los mejores?. Y aun en

la hipótesis seductora de que se restablezca la calma y el mundo se transforme en vasto taller, presidido por la moderación y el amor, ¿cómo se evitará que el instinto sexual, laborando sin freno ni previsión, arroje a la vida millones de bocas famélicas, carga abrumadora de la sociedad y peligro constante de la paz colectiva?. ¡Y si a la postre resulta verdadera la tesis de Malthus! ¿Qué harán nuestros futuros estadistas con el sobrante de población, cuando, atiborradas América y África de emigrantes europeos, falten tierras vírgenes que roturar y minas que explotar?

Y convirtiendo la atención a la marcha de la civilización misma, el aurea mediocritas a que el socialismo aspira? no enervará las facultades del espíritu, restando energías para la indagación de la ciencia?. El capital colectivo ¿no será medroso y carecerá de los arranques, en ocasiones románticos y salvadores, del capital individual?.

La gloria, pasión del genio filosófico y científico, ¿prosperará en el ambiente gris y suave del bienestar colectivo?. Desterrada la injusticia ¿no habrá cesado de funcionar acaso el mejor resorte de la evolución mental de la Humanidad? ¡Gran modelador de voluntades y promotor de heroísmos es el dolor! Reducidos a un mínimo tolerable la miseria y la desgracia? no descenderían en igual proporción la abnegación sublime de los héroes y el genio portentoso de los redentores científicos? A todas estas torturantes dudas e interrogaciones contesta el Dr. Lluria con una doctrina altamente simpática y alentadora.

Hela aquí tal como nosotros la interpretamos.

La producción actual, obra de una minoría hambrienta e inadecuada, es deficiente con relación a las necesidades de la raza. Divorciado de las leyes naturales, nuestro cerebro no rinde sino frutos desmedrados y escasos. Y como indeclinable consecuencia de la penuria alimenticia y de los rigores del sobretrabajo de los más, prodúcese el dolor moral y físico, la miseria fisiológica, la degeneración de la especie, y, en la esfera moral, el odio de clases y el despego a la vida.

Pero tan deplorable estado de cosas no puede ser eterno. Tiempos vendrán en que la ciencia ilumine las conciencias, y eleve los corazones. Y entonces, cuando, desterrado el culto fetichista del capital, el hombre haya sido incorporado a las leyes de la evolución; cuando, escudriñadas y explotadas las fuerzas naturales, el Cosmos trabaje por nosotros, poniendo en acción infinitas máquinas y fabricando mercancías a precios irrisorios; cuando, descubierto el secreto de las síntesis químicas, el ingeniero del porvenir elabore, sin el concurso de la tierra, la fécula, el gluten, la albúmina, el azúcar y la grasa, utilizando al efecto la fuerza viva de los rayos solares o cualquiera forma de energía natural; cuando el ocio bien ganado

permita la universalización de la ciencia y del arte, y todos puedan saborear las inefables armonías y bellezas que palpitan en el fondo de la Naturaleza; cuando, en fin, redimidos por la solidaridad y el amor, todos nos sintamos ondas de una misma corriente vital, células hermanas de un mismo cuerpo.... ¿qué significado tendrán las palabras rico y pobre, señor y esclavo, feliz y desdichado? ¿qué importará entonces que el amor multiplique sobremanera la especie ni que cielo adusto y tierra ingrata nos regateen sus dones? Ahí estará, enérgico y avizor, para reaccionar contra toda suerte de accidentes cósmicos, el cerebro humano, sublimado por la fiel acomodación al mecanismo del mundo, ofreciéndonos generoso nuevas y salvadoras invenciones. Nuestro será también el Tesoro de la inextinguible hoguera solar, que la ciencia, emancipada quizás de nuestra antigua y fatigada nutriz, la tierra, sabrá modelar y cuajar en rutilantes frutos y doradas espigas. ¿Quién teme el agotamiento de la fuerza solar, de] movimiento del viento y de los mares, de las cataratas de las cordilleras, de la soberana potencia del pensamiento?

¡Soberbio y alentador ideal, que acaso un día, se convierta en viva y palpitante realidad!

Creemos en él para que tenga lugar su advenimiento; porque en este bajo mundo sólo es realizable lo enérgicamente creído y esperado.

Prescindiendo de la doctrina y de los luminosos horizontes que su autor nos descubre al evocar, con visión profética, la sociedad futura menospreciadora del capital individual y atendida al culto de la Naturaleza, hay en este libro muchas ideas y conceptos sugestivos que, aun separados de la tesis fundamental, tienen valor y brillo propios cual joyas engarzadas en artística corona.

Una de ellas es la asimilación de la vida a un ritmo, a un sistema de ondas, comparable en principio al de las palpitations del éter o al orden mas completo de relaciones marcando por las tablas de Mendeleef y W. Crookes.

A primera vista la idea parece oscura y hasta difícil de concebir; pero meditando en ella se descubren facetas luminosas y puntos de vista interesantísimos.

Porque, en suma, la vida, representa un sistema complejo de fuerzas, de vibraciones en progresión ascendente. Semejante a una orquesta sucesivamente reforzada, la organización se inicia con la nota monorrítmica del infusorio, y acaba con la grandiosa sinfonía del mamífero, en donde colaboran millones de voces celulares. Y cuando el estruendo de la orquesta orgánica llega al sumo, surge otra vez el encantador ritornello del germen, es decir, las sencillas cadencias del óvulo, a partir de las cuales la melodía se desarrolla en *crescendo* complicándose hasta llegar nuevamente a la plenitud

de las modulaciones y motivos musicales de la organización del adulto.

En ningún aparato orgánico hallamos más de relieve este carácter rítmico que en el instrumento cerebral. Nútrese nuestro espíritu de ondas llegadas de todas las partes del Cosmos, y su misión principal consiste en clasificarlas, combinarlas y reflejarlas, refiriéndolas a sus orígenes. La percepción, la idea, la palabra hablada, hasta la contracción muscular, ¿qué son, en último análisis, sino palpitations del calor, de la luz, de la energía química, de la electricidad, etc. transformadas, refinadas y devueltas en otras palpitations más sutiles y espirituales?. A la manera de una lente de singular virtualidad y potencia, nuestro sistema nervioso recoge todos los rumores y estremecimientos del mundo, a fin de concentrarlos, ora en el espléndido foco de la idea, ora en la llama de la voluntad y de la pasión.

Si el considerar la serie animal como una gama cromática, como una sinfonía ejecutada por las fuerzas naturales que, después de formar el cerebro, tañen en sus fibras nerviosas a semejanza del viento en el arpa, es concepción interesante, no lo es menos la tentativa de explicar la herencia de las cualidades adquiridas por la influencia trófica del sistema nervioso.

Ciertamente, la tentativa es un tanto prematura. Faltan datos anatómo-fisiológicos para averiguar como un órgano perfeccionado por adaptación a las condiciones del medio, puede influir sobre el cerebro, para que éste, a su vez, modifique las células germinales. Ni faltan sabios como Weissman que niegan en redondo la transmisibilidad de los caracteres adquiridos, fiándolo todo a los azares de la variación y selección natural. Pero, en fin, si el arduo problema no tiene a la hora actual completa solución, algo es saber que nuestras ideas y sentimientos influyen, por el intermedio del gran simpático sobre la nutrición de las glándulas y la arquitectura molecular de las células germinales. De todas maneras, tentador es el propósito, y si la ciencia llega a confirmar su principio (acción del sistema nervioso sobre los arreglos moleculares del núcleo y protoplasmas) la teoría nerviosa de la herencia de las cualidades adquiridas reemplazará a las arbitrarias hipótesis de Darwin, Haeckel, De Wries y otros acerca de tan interesantísimo problema.

Entusiasta es también el himno que Lluria canta a la perfectibilidad indefinida del cerebro, de esta víscera eternamente joven que todos llevamos dentro. Esclava primero de las fuerzas cósmicas que esculpieron, con dolorosas mordeduras, el dédalo de sus vías asociativas, el cerebro humano está destinado a convertirse un día en tirano de esa misma energía natural a que debe su aparición. Ciertamente que los sentidos, ventajas demasiado angostas del alma, han roto la continuidad de la gama de las vibraciones etéreas, obligán-

donos a escoger tan sólo las más útiles al aumento y prosperidad de la especie; pero también lo es que, por sabia compensación nuestra corteza cerebral, exquisitamente plástica y creadora, ha sabido colmar con ideas e invenciones los vacíos del menguado registro sensorial. ¿Qué son los instrumentos de la ciencia, el microscopio y el telescopio, el galvanómetro y el aparato fotográfico, la pantalla del radioscopio y los recursos de la química analítica, sino retinas y aparatos de Corti complementarios, sentidos a distancia, en cuya virtud el ingenio humano, corrigiendo a la Naturaleza, entra en posesión de todas las palpitaciones de la energía cósmica?

Y concluyo; pues no es cosa de desflorar con inoportunos comentarios los diversos y atractivos temas que, con gran acopio de erudición y sana crítica, desarrolla el Dr. Lluria en su hermoso trabajo. El cual, ocioso es advertirlo, está escrito clara, amena, sugestivamente, y con una valentía de pensamiento y serenidad de juicio que ya quisieran para sí muchos flamantes tratadistas filosóficos y sociológicos.

S. R. y Cajal.

Del libro *Evolución Super Orgánica*. Publicaciones de la Escuela Moderna..

Administración: Calle Bailén 56. Barcelona, España. Año 1905.